

# El pasado pesa

Este texto se escribió a propósito del proyecto [memoria] *Garai Txarrak* para la inauguración de Arteleku el 21 de junio de 2002. Un proyecto coordinado por Ibon Aranberri en el que participaron con distintas intervenciones Ixone Arregi, Blami, Gorka Eizagirre, Iñaki Garmendia, Gemma Intxausti, Mattin, Asier Mendizabal, Asier Pérez-González, Sergio Prego y Xabier Salaberria entre otros.

Este texto fue publicado anteriormente en Zehar 49, en 2002.

\* Miren Jaio es crítica de arte.

Hay pocas cosas en las que los científicos se pongan de acuerdo. Una de ellas, por ejemplo: jamás podremos viajar al pasado. El viaje al futuro, sin retorno, puede que sea posible. Los científicos aseguran que algún día podremos viajar al espacio a velocidades de infarto para, después de pasarnos un año jugando a las cartas con otros tripulantes de la nave espacial, regresar a la Tierra y encontrarnos a nuestro último tataranieta, senil y hacinado en un asilo. Pero de ninguna manera, continúan los científicos, podremos regresar al pasado. Contra él no se puede. Es irrecuperable, un tiempo fatal.

Por eso, por puro espíritu de contradicción, hay un empeño unánime en regresar a él una y otra vez. Un regreso virtual, claro está. Y las muchas formas con las que se intenta, infructuosamente, domesticar el pasado arrastran un único sentimiento: el de la pérdida. Así, antes eran los ratones, la humedad y el tiempo, implacables, los que actuaban de censores y decidían qué se conservaba y qué no. Hoy ya no hay censura ni selección posibles. Nada del pasado (o, mejor dicho, de sus rastros) ha de olvidarse, todo ha de documentarse. Y de esa manera, gracias al dogma conservacionista (que, por cierto, poco tiene que ver con principios ecológicos, sino todo lo contrario), la documentación del pasado va creciendo como un *octopus* incontrolado comprimido en los pozos sin fondo de la memoria de los discos duros.

Otro dogma escondido detrás de esta resucitación forzosa del pasado: no nos podemos permitir el lujo de olvidar nada, y por ello hay que conservar los rastros del pasado. Así, no perder la memoria se convierte en un deber moral. Ahora bien, obligar a la gente a «recordar por decreto» no parece ser una buena manera de mantener la memoria. Porque la memoria, a pesar de todos los intentos, es caprichosa e inconstante, y no se aviene a imposiciones. Piénsese si no en la forma más extrema de institucionalización del deber de recordar: la conmemoración. ¿Qué queda de verdad después de que el polvo

de los edificios destruidos se ha posado, los testigos presenciales han muerto y el recuerdo de lo sucedido no es más que una cita en un libro?

Pero el pasado, toneladas de documentación, no sólo pesa. El pasado nos pesa mucho. La nostalgia, por ejemplo. Un verano de esos de curso en Arteleku mantuve una conversación algo absurda con otra cursillista con la nostalgia como tema. Mi interlocutora defendía que el mal de la nostalgia pronto desaparecería de la faz de la Tierra. Sus sobrinos, esas extrañas criaturas adheridas a una Playstation, pronto se librarían del lastre inútil de la nostalgia. Y es que el aluvión de nuevos artilugios, imágenes y experiencias al que están sometidas las nuevas generaciones de humanos es tal, que éstos no tendrán tiempo para recuerdos. Así, continuaba su argumento, la nostalgia no es algo que la gente guarda con respecto del pasado, la nostalgia «es» algo del pasado.

Hoy han pasado algunos años de aquello. Junto a su reapertura, Arteleku ha dado también por inaugurada su entrada en el territorio viscoso de las «cosas con pasado y memoria». A estos pobres sobrinos, supongo, les habrá pasado lo propio. Mientras tanto, la tía cruel habrá sucumbido a la evidencia: la nostalgia es un estado de ánimo (y de zozobra) permanente, una enfermedad para la que no existe vacuna conocida.

O sí. La única vacuna posible es el olvido. Pero, puestos a elegir, ¿elegiría alguien la nada del Alzheimer a la condena de los recuerdos? Lo dudo. Ya lo decía Arnold Schwarzenegger cuando en *Total Recall* un mutante cubierto de mucosa le pregunta qué es lo que desea: «lo mismo que tú. Recordar». «Pero, ¿para qué?», replica la criatura. «Para ser yo mismo otra vez», contesta Schwarzenegger. Así, lo que bien sabía Arnie, o, mejor dicho, el personaje de Philip K. Dick que encarnaba, era que, sin memoria ni recuerdos, no se es.

Sea como sea, son tiempos de celebración de la nostalgia. No hay más que encender

la tele en los horarios de baja audiencia y dejarse enganchar por la última reposición. ¿Por qué la nostalgia ahora más que antes? Pues por la misma razón que alegaba esta tía cruel para negarla: porque pasan demasiadas cosas y demasiado rápido para que podamos registrarlas. Así, en el mundo de hoy rige la siguiente equivalencia: «a mayor número de cambios y acontecimientos en menor tiempo, mayor número de pérdidas. Es decir, a mayor aceleración de la historia, mayor sentimiento de nostalgia».

Ahondemos en esto de los incrementos proporcionales del sentimiento de nostalgia. ¿No hay en estos incrementos algo de prefabricado? Que quede claro que aquí no se está poniendo en duda la autenticidad del sentimiento de nostalgia. A la nostalgia se la puede tachar de muchas cosas, entre otras de autocomplaciente, pero nunca, lo dice una nostálgica practicante y fervorosa, de ser un sentimiento falsificado.

No, aquí se habla de otra cosa. Del empeño en manufacturar la nostalgia como sentimiento colectivo con el que dar brillo y aires de confraternización a cualquier acto social, desde las cenas aburridas con amigos y conocidos hasta las reuniones anuales de antiguos alumnos. Así, manufacturar nostalgia colectiva se convierte en una forma inteligente de rentabilizar un enorme excedente de pasado preservado. ¿Algo que se pueda extraer de esto? «La industria de la nostalgia es obra de cerebros tan altruistas como solventes». Pero una anda ya metida de lleno en el clima generado por Philip K. Dick. Y no puede evitar acordarse con un escalofrío de otra famosa adaptación cinematográfica del escritor norteamericano donde a unos humanoides llamados «replicantes» les manufacturaban recuerdos a medida. Pero, claro, *Do Androids Dream of Electric Sheep?* no es más que una novela y Dick, un pobre hombre de mente enferma y paranoica, donde a unos humanoides llamados «replicantes» les manufacturaban recuerdos a medida.

Pero, claro, *Blade Runner* no era más que una película, y Dick un pobre hombre de mente enferma y paranoica.

En cualquier caso, todo esta obsesión con recuperar en diversas formas el pasado nos lleva a una conclusión no por temida menos sabida: el pasado es hoy un enorme parque temático, una gran superficie que visitar cuando se necesita un poco de amnesia y algo más de anestesia. Así, el pasado, aunque irrecuperable, es un lugar cómodo de frecuentar. Ofrece algo que nunca darán el presente y el futuro, certidumbre. Ahora bien, si es de consuelo de lo que se está hablando, ése tampoco es el lugar donde buscarlo.